El pecado del ángel, segun Santo Tomás, fué el racionalismo, es decir, la rebelion de la naturaleza contra el órden sobrenatural. Probablemente el pecado de los últimos hombres será el racionalismo. La misma apostasía se hallará de esta suerte al principio y al fin de la larga guerra de la Ciudad de los impíos á la Ciudad de los Santos. La misma rebelion contra Dios y su Verbo habrá cavado, en los primeros dias del mundo, los abismos del infierno, y hará desbordarse por la tierra, en los últimos tiempos, los torrentes del fuego vengador que debe consumirla.

3.º Observacion tercera.

376. No creemos habernos extendido demasiado sobre este carácter de apostasía é idolatría que es la esencia misma del racionalismo.

Por una parte éste es el fondo comun á todos los sistemas racionalistas. Lo hallamos en su base como raíz venenosa sobre la cual crecen todas estas plantas funestas. Hemos visto que *el naturalismo* tan pronto la da por negar todo órden sobrenatural, como por negar la accion de Dios en las criaturas, y otras veces por negar la existencia misma de Dios. A primera vista parece que hay que guardarse de poner en la misma línea estas diversas negaciones, y que entre rechazar puramente lo sobrenatural y la Providencia misma, ó tambien la existencia de Dios, media gran distancia. Mas, en realidad, estas doctrinas no son más que las diversas aplicaciones de un mismo principio: «la razon humana ha usurpado el lugar del Verbo de Dios.» Los racionalistas se dividen por lo que toca á las consecuencias del principio, pero permanecen unidos en cuanto al principio mismo. Ha podido, pues, darse el mismo nombre á doctrinas que, á pesar de profundas diferencias, proceden de un mismo orígen y tienen un carácter comun.

Por otra parte, si no hemos comprendido que verdaderamente los racionalistas llevan la rebeldía contra

Dios hasta querer sustituírlo con la razon y la naturaleza humanas, no podemos penetrar en «toda su satánica profundidad (1)» el sentido de esta lucha implacable y gigantesca, empeñada hoy dia contra Jesucristo, la Iglesia y el Evangelio; no podemos tener plena inteligencia de «este misterio de iniquidad» y apostasía que se desenvuelve actualmente en el mundo con el nombre de «Revolucion.»

TÍTULO II.

DOCTRINAS DE LOS RACIONALISTAS SOBRE DIOS Y EL HOMBRE.

Division de la materia.

377. Juntamos en un mismo título las doctrinas de los racionalistas sobre *Dios* y sus doctrinas sobre *el hombre*, á causa de la estrecha conexion entre unas y otras.

«El principio de toda soberbia, dice la Sabiduría, es apostatar de Dios (2);» es decir, la soberbia produce apostasía, y la medida misma de la soberbia es la medida de la apostasía. En efecto, el amor propio y el amor de Dios son dos amores contrarios; nos apartamos de Dios á proporcion que nos pagamos de nosotros; y amamos á Dios conforme nos despojamos del egoísmo.

Empero, el racionalista, como acabamos de decir, lleva la exaltacion de la propia razon hasta igualarse con Dios. Luego, si es consecuente, rechazará á Dios enteramente. Así lo hacen, en efecto, los *panteístas* y los *ateos*.

(1) Altitudines Satanæ. (*Apoc.* II, 24).
(2) Eccli. x, 14.

BIBLIOTECA CENTRAL

Mas otros naturalistas se detienen ante una consecuencia tan extrema, y sin abjurar el principio de «la razon soberana,» se empeñan en conservar un conjunto de verdades relativas á Dios: éstos son los *deístas*. Podemos, pues, bajo el punto de vista que hemos tomado aquí, dividir á los racionalistas en dos clases: la de los racionalistas inconsecuentes, es decir, los *deístas*; y la de los racionalistas consecuentes, que á su á vez abraza dos categorías, los *panteístas* y los *ateos* ó *positivistas*.

CAPÍTULO IX.

El deísmo.

Artículo I.—Exposicion del deísmo.

1.º Verdades admitidas por los deistas.

378. Todos los deístas admiten la existencia de un Dios personal, y áun Criador, y la inmortalidad del alma. La mayor parte reconocen, á lo menos en principio, la existencia de una religion y una moral naturales, es decir, un conjunto de obligaciones que ligan al hombre con Dios y con sus semejantes.

2.º Errores de los deistas.

379. Podria quizás creerse que los deístas van á estar acordes con los católicos sobre todas las verdades del órden natural. La gracia, en efecto, ¿no supone la naturaleza á la cual perfecciona? Y la misma fe, ¿no supone la razon cuyo sosten y complemento sobrenatural es? ¿Qué cosa más sencilla para los racionalistas moderados que rechazar el órden sobreañadido de la gracia y de la fe, pero conservando en su integridad el órden primitivo de la naturaleza y la razon; que derribar el remate sobrenatural del edificio, pero conservando los fundamentos naturales?

Con todo, no es así. No hay siquiera un deísta que haya admitido ó que admita todas las verdades morales y religiosas que puede demostrar la razon.

380. Todos niegan en absoluto la posibilidad del órden sobrenatural, posibilidad que es una verdad del órden natural. *El hombre no puede ser divinamente elevado á un conocimiento y á una perfeccion superiores á la naturaleza* (1).

Todos niegan, en cualquier estado de cosas, la posibilidad de la revelacion, del milagro y de la profecía: *Es imposible que al hombre le enseñe una revelacion divina lo que dice relacion á Dios y al culto que se le debe dar* (2). «El poder del milagro no es otra cosa que el poder de la imaginacion (3).» *Todo milagro es imposible* (4). «La actividad que se dirige á un fin traza un círculo; la actividad milagrosa realiza el fin *sin medios;* traza un círculo, pero no en línea curva ¡no! en línea recta. Un círculo en línea recta: hé aquí la imágen matemática del milagro. El milagro es ininteligible para la razon, tan ininteligible como un círculo sin circunferencia: antes no trateis de demostrar que es posible el milagro, comenzad por demostrar que *es inteligible lo ininteligible* (5).

Finalmente, la mayor parte desconocen á la Providencia ó alteran la nocion de la misma. *Es necesario rechazar toda accion de Dios en los hombres y en el mundo* (6).

Examinemos cada uno de estos errores á la sola luz de la razon.

(1) «Si quis dixerit hominem ad cognitionem et perfectionem quæ naturalem superet, divinitus evehi non posse, anathema sit. (Conc. Vat. *De fide cath.* cap. II, can. 3).»

(2) «Si quis dixerit fieri non posse... ut per revelationem divinam homo de Deo, cultuque ei exhibendo edoceatur, anathema sit. (*Ibid.* can. 2).»

(3) Feuerbach, *Esencia del Cristianismo.*

(4) «Si quis dixerit miracula nulla fieri posse... anathema sit. (Conc. Vat. *De fide cath.* cap. III, can. 4).»

(5) Feuerbach, *Esencia del Cristianismo.*

(6) «Neganda est omnis Dei actio in homines et mundum. (*Syllab.* prop. 2).»

BIBLIOTECA CENTRAL

Artículo II.— Refutacion de los tres principales errores de los deístas.

I. Refutacion sumaria del primer error.

381. Es evidente, como hemos visto, que ninguna inteligencia criada podrá jamás, con las fuerzas naturales, ver á Dios en sí mismo. Es sin duda menos evidente que el hombre pueda ser elevado sobrenaturalmente por Dios á fin tan sublime. Con todo, la sola razon puede dejarlo sentado mediante un conjunto de argumentos bastantes á satisfacerla.

Parece, en efecto, que la inteligencia tiene, en su esencia misma, una aptitud general y radical, por lo menos, para percibir todo lo inteligible.

Si el hombre en ningun supuesto pudiese alcanzar la vision de Dios, seria incapaz de volver perfectamente á su principio (1).

¿Será necesario negar á Dios el poder de descubrir su esencia á los ojos de la inteligencia criada, y de asociarla á su propia felicidad? Todo sér inteligente que llega á conocer un efecto desea conocer su causa; al ver la hermosura del universo el hombre se dice espontáneamente, en virtud de las leyes mismas de su razon, que debe ser mucho más hermosa aún la causa de este universo, y concibe por ende un deseo de ver á Dios. Por tanto, ¿puede nacer en el fondo de la voluntad un deseo que no pueda satisfacer el mismo Dios (2)?

Así que, por una parte es evidente que la vision intuitiva de Dios es superior al alcance natural del entendimiento criado; por otra parte es, sin embargo, verosímil que puede comunicársele por gracia, y no se ve que repugne á la naturaleza de las cosas. Es, pues, ir contra las luces de la razon negar de un modo absoluto la posibilidad del órden sobrenatural.

(1) «In tantum unumquodque perfectum est, in quantum ad suum principium attingit. *(Summ. theolog.* 1, p. q. XII, a. 1).»

(2) «Inest homini naturale desiderium cognoscendi causam, cum intuetur effectum. Si igitur intellectus rationalis creaturæ pertingere non possit ad primam causam rerum, remanebit inane desiderium naturæ. *(Ibid.).*»

II. Refutacion sumaria del segundo error.

382. Por lo que atañe á la posibilidad de la revelacion, del milagro y de la profecía, puede la razon probarla con argumentos incontrastables. Ya hemos advertido en otro lugar que seria preciso admitir esta posibilidad, áun cuando no creyéramos en el órden sobrenatural.

¿No es, en efecto, evidente que Dios conoce muchas verdades que desconozco yo? ¿Por qué, pues, no ha de poder revelármelas? Conocia, por ejemplo, antes que Kepler y Newton las leyes de la gravitacion universal; ¿quién hubiera podido impedirle manifestarlas al hombre, si así lo hubiese creído provechoso?

¿No es asimismo evidente que con supremo dominio dispone de los elementos y de sus leyes? ¿por qué, pues, no ha de poder obrar saliéndose del curso ordinario de la naturaleza? Puede un buque sostenerme sobre las olas, y ¿no lo ha de poder la mano de Dios? Los padres comunican á los hijos los órganos de los sentidos juntamente con la naturaleza humana, y ¿Dios no ha de poder dar vista á un ciego? ¿No es cierto, finalmente, que conoce Dios el porvenir? ¿Quién, pues, podrá impedirle comunicar á sus siervos, si así lo juzgare conveniente, y sin traspasar los límites del órden natural, el conocimiento de ciertos acontecimientos futuros? Luego, dentro de este mismo órden, es posible la profecía.

383. Con mayoría de razon hay que confesar la posibilidad de la revelacion, del milagro y de la profecía, si reconocemos la del órden sobrenatural.

En efecto, la elevacion del hombre al estado sobrenatural supone revelacion, milagros y profecías. La re-

BIBLIOTECA CENTRAL

velacion es necesaria para procurar al espíritu, ya en la presente vida, el objeto de la fe, destinado á ser un dia objeto de la vision. Porque, y nunca lo olvidemos, el hombre está destinado á poseer eternamente lo que hubiere comenzado á poseer durante la prueba: si entra aquí bajo, tras los velos de la fe, á participar de las realidades inteligibles cuya contemplacion forma la felicidad del mismo Dios, un dia estas realidades sobrenaturales se presentarán al descubierto á las miradas de su deslumbrada inteligencia, y entrará «en el gozo» mismo «de su Señor (1).» Por su parte, son necesarios los milagros y profecías en el órden sobrenatural, como señales y pruebas de la revelacion.

En resúmen, en el estado natural, la revelacion, el milagro y la profecía no son necesarios al estado natural del hombre, pero son posibles en este estado. En el estado sobrenatural, no sólo son posibles, sino que se hacen asimismo necesarios.

III. Refutaciones del tercer error.

384. No es menos contrario á las enseñanzas de la simple razon el negar la divina Providencia.

Dios, Criador de todas las cosas, hubo de señalar un fin conveniente al conjunto de los seres como á cada uno de ellos. Debe dirigir hácia el fin dispuesto por su sabiduría, no sólo este conjunto, si que tambien cada una de sus partes. Hé aquí la Providencia (2).

No lo negamos, dicen los deístas. *Tan sólo pretendemos que Dios rige todas las cosas con las leyes que les*

(1) Matth. xxv, 21. «Fides autem prælibatio quædam est illius cognitionis quæ nos in futuro beatos facit. Unde et Apostolus dicit quod est substantia sperandarum rerum, quasi jam in nobis sperandas res, id est futuram beatitudinem per modum cujusdam inchoationis subsistere faciens. *(D. Thom. Opusc.* II, c. 2).»

(2) «Ad providendum duo pertinent, scilicet ratio ordinis rerum provisarum in finem, et executio hujus ordinis, quæ gubernatio dicitur. *(Summ. theolog.* 1, p. q. XXII, a. 3).»

dió desde el principio, y sin intervenir jamás con un acto especial en este órden una vez establecido. Dios, al criar las esencias de las cosas, determinó al mismo tiempo su manera constante de obrar, ó sea su ley; dando al hombre la libertad, dejóle en manos de su libre albedrío; dando á los seres inferiores propiedades ó virtudes limitadas, les impuso una manera de obrar constante, pues hay una relacion necesaria entre la naturaleza del sér y su manera de obrar. No puede Dios, por tanto, intervenir en el dominio de los actos libres sin atacar la libertad de que es autor, ni en el de las causas necesarias sin perturbar el hermoso órden que estableció. En nombre, pues, precisamente, del órden establecido por el Criador en la naturaleza, rechazamos nosotros esta intervencion continua que apellidais vosotros la Providencia. Muestra un rey tanta mayor sabiduría, cuanto sabe proveer al bien de su reino con leyes más generales. Dios es infinitamente sabio; luego lo rige todo con leyes absolutamente universales é invariables, establecidas al principio, y que le dispensan de toda ulterior intervencion.

385. Mucho tiempo há que se respondió á estas teorías de los deístas.

Es propio de un soberano sabio proveer al bien de sus inferiores segun las exigencias de su naturaleza. Las relaciones establecidas por Dios, entre el hombre y El, son las de un hijo con su padre. El débil niño pide al padre pan y vestido, ofrécele en retorno el tributo de su agradecimiento, y, si se le niega algo, sabe resignarse y honrar al padre con humilde sumision. El hombre es ignorante, rodeado de dudas y ansiedades; ¿por qué no ha de poder acudir «al Padre de las luces?» Está inclinado al mal, pesa la virtud á su flaqueza; ¿por qué no ha de poder Dios acudir á socorrerle? ¿Diréis que las luces y socorros dados por Dios, han de atacar su libertad? ¿Perjudica mi libertad el sabio consejero que

me da prudentes consejos? El padre que enseña al hijo, el maestro que ilustra al discípulo, ¿atentan contra su libertad? Dios, el único que mora en mi libertad misma, «á quien sirve toda criatura,» ¿no ha de poder dar socorro á mi miseria sin disminuir mi libertad?

Ya que los agentes naturales á menudo resisten al hombre, le amenazan y le afligen; ¿será menester que el Padre que está en los cielos se prive de socorrerle en sus necesidades corporales y permanezca insensible á la vista de sus males?

El género humano atestigua que no sucede así. Todos los pueblos han rezado; es un hecho universal. ¿Sostendréis que han sido todos víctimas de una ilusion?

Concluyamos: Dios, segun vuestro sistema, todavía es poderoso; pero es un Dios duro, inflexible y sin entrañas; no es el Dios bueno de los cristianos; es casi el Dios cruel de los jansenistas.

386. Replica el deísta: *Quizás el corazon del hombre preferiria á un Dios tierno y paternal, como quereis vosotros; pero la mente no puede admitirlo. Semejante Dios podrá ser* El Buen Dios *de la* Buena Gente, *no* El Sér Supremo *del* Filósofo. *Sin cesar intervendria para cambiar el curso natural de las cosas, sin cesar haria milagros. Mas el milagro, áun suponiendo que alguna vez pudiese tener lugar, en todo caso habria de ser muy raro. Sin duda, los pueblos han hecho hasta ahora rogativas para pedir lluvia ó buen tiempo; mas en el dia el sabio se rie de la credulidad popular.*

387. Empero el deísta supone gratuitamente que cada vez que rogamos pedimos un milagro, y que cada vez que Dios oye un ruego hace un milagro. De ningun modo. Es formarse una idea incompleta del universo no ver en él más que un conjunto de fuerzas ciegas sujetas á leyes fatales. Superior á estas fuerzas ciegas, hay la inteligencia infinita que dispone soberanamente de ellas. Los seres que carecen de inteligencia obran sin duda conforme á leyes constantes; pero á la inteligencia divina corresponde regular al juego general de los agentes ciegos. El corcel no tiene movimiento alguno que no se halle conforme con las leyes de sus órganos, y sin embargo, obedece fácilmente al jinete que le monta. Cuando rezo, pido á Dios que dé á mis fuerzas naturales una direccion conforme con mis deseos, sin quebrantarlas en nada ni suspender las leyes á que se hallan sujetas. No le pido un milagro, á lo menos ordinariamente. Hay en las leyes de la naturaleza cierta flexibilidad y como cierta elasticidad; los elementos, semejantes al dócil corcel, pueden recibir inflexiones distintas que modifiquen los efectos sin alteracion de las virtudes esenciales de los seres y de las leyes que los rigen. Verdad es que el hombre, perdido en su pequeñez en medio del inmenso juego de los elementos, no ve la mano suprema que da á todos estos movimientos el impulso de una voluntad omnipotente y siempre bienhechora; esta vista se la roba el mismo espectáculo más próximo de los efectos inmediatos y de las leyes á las cuales los refiere. Estas leyes, únicas que están á su alcance, le parecen fatales, y le encubren la misteriosa y suprema direccion de que dependen, y aquella sabiduría que las hace servir para sus designios y las lleva á los fines que quiere sin violentarlas, y, por decirlo así, por su propio movimiento.

Esta es la admirable Providencia que se ha dado á conocer al hombre como el atributo divino más compasivo, y que, levantando su inteligencia por encima de estos elementos prontos siempre á abrumarle con su fuerza, le arma contra ellos, mediante la oracion, con toda la prevision y el poder de Dios.

388. Pero el deísta no quiere recibir este dichoso

BIBLIOTECA CENTRAL

conocimiento. En presencia del universo, detiénese su mente allá donde puede alcanzar su débil mirada, y se enorgullece de esta ciencia imperfecta que cree procurarse á sí mismo, y mira como fruto de su trabajo y su razon. Ha escudriñado, dice, los tres reinos de la naturaleza; el cielo no ha podido ocultarle sus secretos; los agentes más oscuros, los fluídos y sus vibraciones, la electricidad y la luz le han revelado sus leyes. Pero por no haber podido extender sus observaciones y cálculos á la suprema mano que todo lo regula, ha negado su existencia. Ha estudiado los elementos que le rodean; ha encontrado doquiera leyes fatales; y por ende ha concluído que el juego de los elementos no dependia de una primera inteligencia. Esto se debe á que no ha sabido remontarse con la razon sobre el dominio de la experiencia, y á que no ha sabido comprender que estas múltiples leyes de los agentes inferiores no son más que las diversas aplicaciones de leyes superiores más sencillas, y que sobre los agentes particulares hay agentes más generales, y, sobre unos y otros, la causa primera, que, por medio de direcciones generales conformes con la naturaleza de los seres, alcanza de un extremo á otro del mundo con fortaleza, y lo dispone todo con suavidad,» para bien de los hombres y salvacion de los escogidos.

Dios, definió el Concilio del Vaticano, *guarda y gobierna con su providencia todo lo que crió, alcanzando de un extremo á otro con fortaleza, y disponiéndolo todo con suavidad* (1).

389. Añaden algunos: *Dios es grande, y ¡yo tan pequeño! ¿Se quisiera que un hombre gastase el tiempo en cuidar de un vil é imperceptible gusano? ¿Se quisiera que un rey se hiciese amigo de una hormiga?*

(1) «Universa vero quæ condidit, Deus providentia sua tuetur atque gubernat, attingens à fine usque ad finem fortiter, et disponens omnia suaviter. *(De fide cath.* cap. I).»

Nó. No se quiere que un hombre gaste el tiempo en cuidar de un insecto, porque no podria cuidar de un insecto sin descuidar negocios más serios que le están confiados. Pero Dios, sin fatiga, sin agotar la vigilancia y actividad de su espíritu, extiende su atencion á todos los seres criados. No se quiere que un rey se haga amigo de una hormiga, porque ésta no tiene inteligencia. Pero entre Dios y el hombre puede haber amistad verdadera, porque á pesar de la infinita distancia que los separa, dió Dios al hombre junto con la inteligencia la facultad de comunicarse con El mediante el comercio de la verdad.

Sí, Dios es grande, y yo pequeño. Pero si no fué indigno de Dios el criarme, ¿por qué habia de ser indigno de Él ocuparse en mí con una providencia enteramente paternal?

Dios es grande, y yo pequeño. Pero mi alma se estremece al pensar que este Dios tan grande es tan bueno, que este Dios, tan superior á mí por su naturaleza, abaja su grandeza hasta el punto de rodearme de mil cuidados. Bástame la razon para persuadirme de ello. Mas ¿cómo poder expresar los transportes que en mí excita la fe cristiana, cuando me enseña que bajó hasta hacerse «mi compañero en la Encarnacion, mi rescate en la Cruz, mi comida en la Eucaristía, para ser un dia en la gloria mi corona y recompensa (1)?»

(1) «Se nascens dedit socium,
Convescens in edulium,
Se moriens in pretium,
Se regnans dat in præmium.
(Off. SS. Sacram.).»

BIBLIOTECA CENTRAL